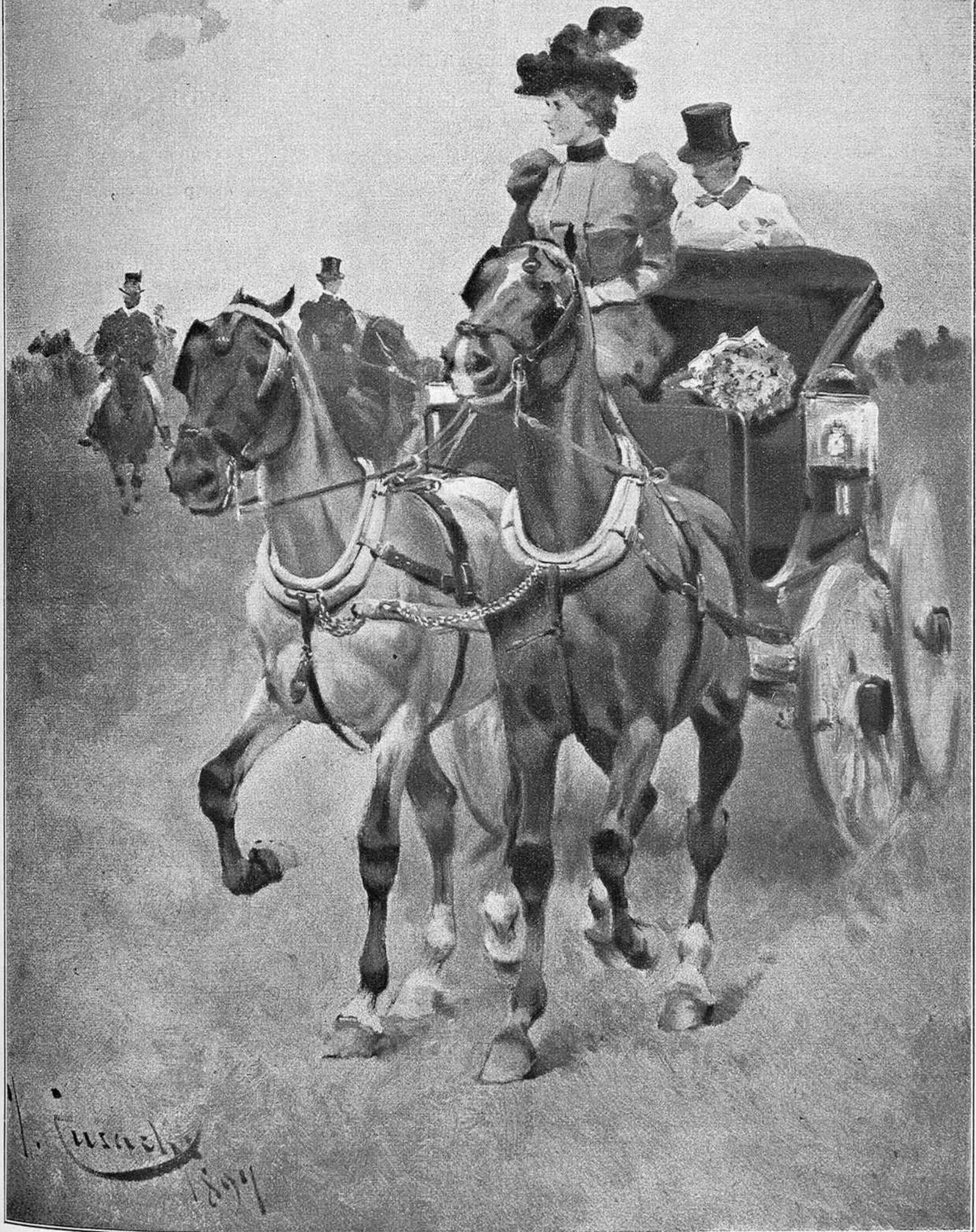


PLUMA y LAPIZ



NÚM. 48

CUENTOS EN VERSO

EL TIEMPO ES ORO

Por causa de un negocio,
fué el avaro don Rufo
á visitar un día
al banquero Sanjurjo.
Por estar ocupado,
el buen señor dispuso
guardasen las visitas
un riguroso turno.
Más de treinta señores
entraron uno á uno
en el rico despacho
del bolsista que pulcro
y cortés en la forma,
cual hombre del gran mundo,
á todos atendía
en los negocios suyos
con escasez de frases
y sobra de saludos.
Armado de paciencia
el bueno de don Rufo
esperó en la antesala
que le llegase el turno
admirando los cuadros,
los trofeos y escudos
que había en las paredes
y el excesivo lujo
del rico mobiliario
tallado con gran gusto,
y, al cabo de tres horas
y cuarenta minutos,
el bueno del avaro
ver al banquero pudo.
Con sobra de palabras
y de un modo difuso
le propuso el negocio
al Señor de Sanjurjo,
el cual no pudo menos
de decirle: don Rufo,
le ruego sea breve,
que en los negocios mútuos
el tiempo es oro y nunca
desperdiciarlo es justo.
Ofendióse el avaro
del consejo, y al punto
recordando la espera,

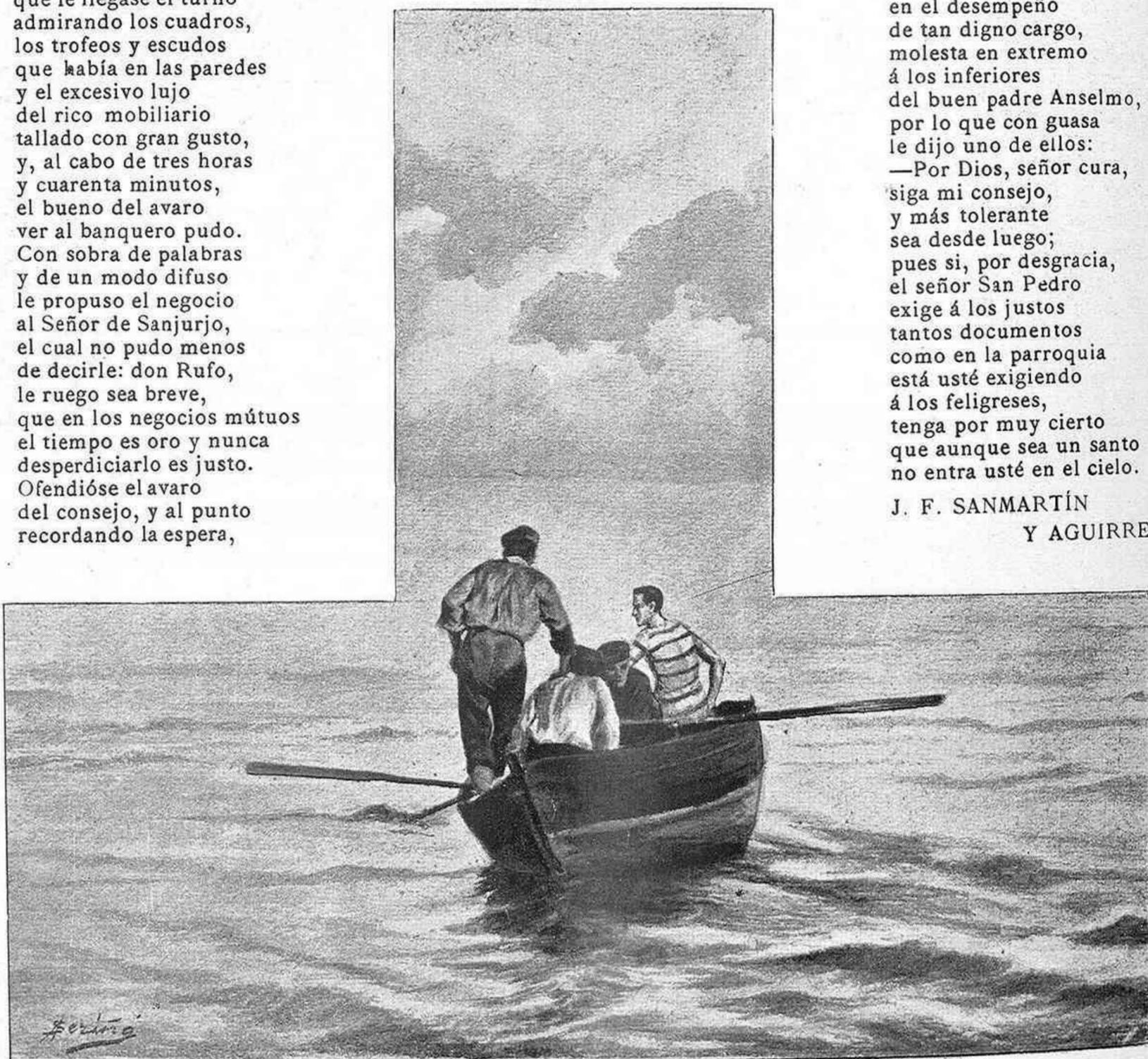
airado le repuso:
Señor mío, tres horas
y cuarenta minutos
con paciencia he esperado
para verle, y calculo
que por ser oro el tiempo,
lo cual celebro mucho,
desde este mismo instante
me debe usted seis duros.

EL PADRE ANSELMO

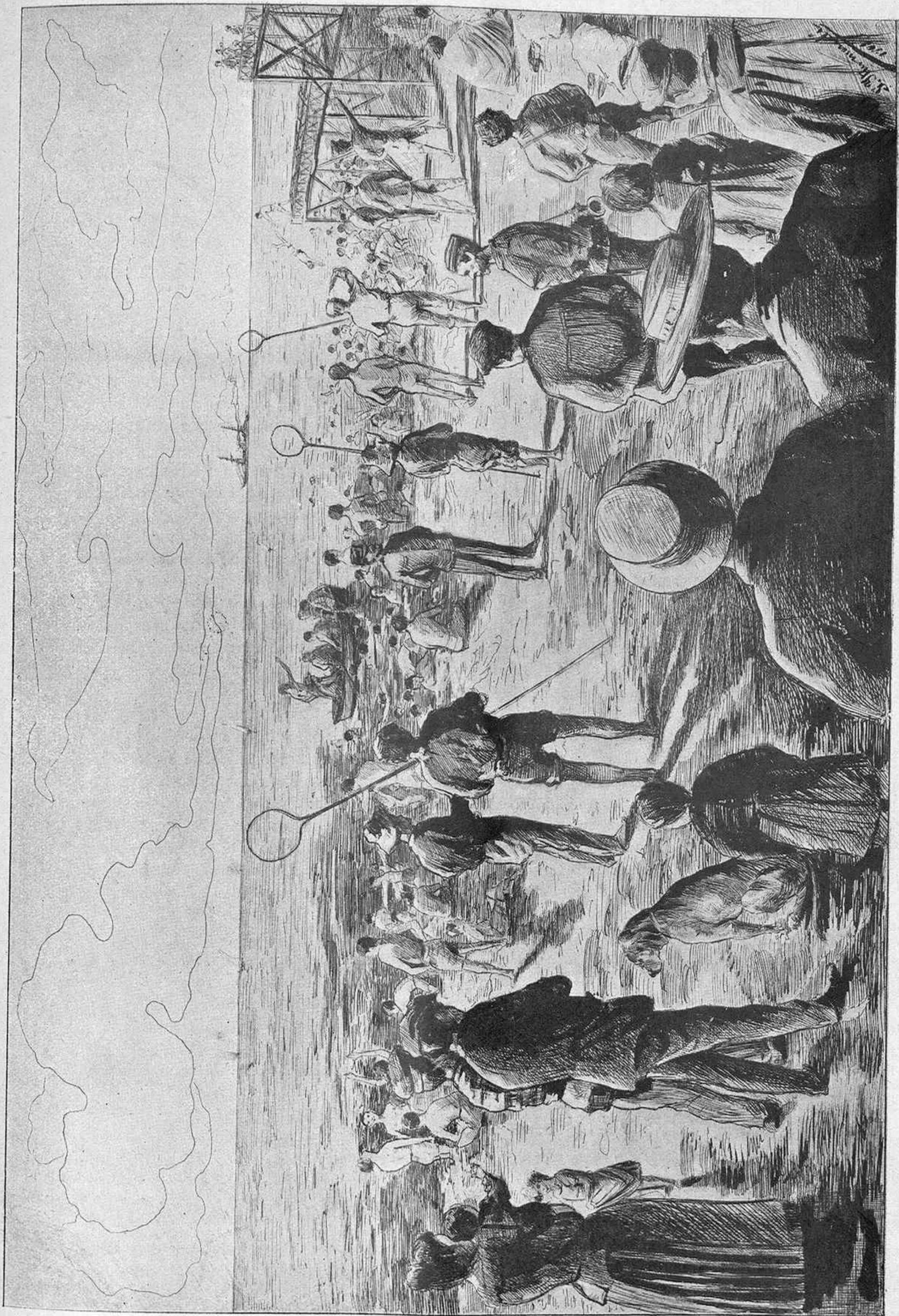
Un señor muy rígido
en el desempeño
de su digno cargo
es el padre Anselmo.
Cura de la Iglesia
de San Timoteo,
sus cinco sentidos
los pone en el templo,
por lo que á los fieles

reprende muy serio
cuando lo visitan
sin recogimiento.
Ministro piadoso,
su mayor contento
es el rendir culto
solemne al Eterno;
por su esplendor vela
y es tanto su celo
que ni un sólo instante
tiene de sosiego
ni sosegar deja
á los compañeros,
en el ejercicio
de su ministerio.
Severo en el culto,
es aún más severo
en lo que concierne
al expedienteo,
porque no permite
bodas ni bateos
si falta un detalle
ó algún instrumento.
Severidad tanta
en el desempeño
de tan digno cargo,
molesta en extremo
á los inferiores
del buen padre Anselmo,
por lo que con guasa
le dijo uno de ellos:
—Por Dios, señor cura,
siga mi consejo,
y más tolerante
sea desde luego;
pues si, por desgracia,
el señor San Pedro
exige á los justos
tantos documentos
como en la parroquia
está usted exigiendo
á los feligreses,
tenga por muy cierto
que aunque sea un santo
no entra usted en el cielo.

J. F. SANMARTÍN
Y AGUIRRE



Dibujo de A. SERIÑÁ.



EN LA MAR VIEJA — BAÑO MILITAR. (Barcelona).

VELADA ESCANDALOSA



Que por qué tiemblan don *Floro Clavellina*, duque de la *Floresta* y su esposa doña *Flo-rinda del Rosal*, marquesa de las *Azucenas* y reina elegida en unos juegos *florales*? Porque el encargado de su jardín les manifiesta que en él todo se halla en desórden.

Aquellos principalísimos señores están perplejos. Sobre todo la dama, que tiene elevadísimos pensamientos y por esa razón es muy sensible y por poseer *jazmines* por labios, *rosas* por mejillas, verdes *capullos* por ojos, *pétalos* por narices y por cabello una *mata...*

de oro, según sus admiradores. La infeliz señora vegetal, ¡ay! y su cónyuge están ya á punto de desmayarse. Pero como lugar les queda para ello, porque no tienen otra cosa que hacer, no se desmayarán hasta que acaben de leer esto.

No hay que asustarse, pues que para cuando tal cosa ocurra están preparados y prevenidos, al lado del duque sus ayudas de cámara *Jacinto* y *Narciso* y junto á la marquesa sus doncellas *Rosa* y *Hortensia*.

Gran número de flores y plantas del delicioso jardín de aquellos señores, y otras de otras partes, invitadas á él, habían celebrado la noche anterior una velada literario-musical-acrobático-bailable y monstruo (como ahora se dice).

He aquí cómo la describe un chico de la prensa:

«Un hermoso parterre verde sirve de alfombra á los concurrentes. Multitud de *flores cordiales* pululan por los alrededores, cuidando del orden y ejerciendo las veces de guardias de ídem. Amenizan el acto las *campanillas*, ejecutando las mejores piezas de su repertorio. Preside don *Diego de Noche*, doncel apuesto y gallardo, quien para indicar que comienza la fiesta agita una *campanilla*. Esta se ruboriza y dice al atrevido:

—Esté usted quietecito, ó llamo á mamá. Yo no soy una cualquiera.

» La *flor de la edad*, hermosa y arrogante por estar en sus mejores tiempos, recita varias estrofas de *claveles dobles*. (*Palmas*).

» La *yerba luisa* y la *yerba linda*, cantan admirablemente una composición de *Rosales*.

» La *planta torera* baila unas malagueñas, acompañada por la *hoja* de un duro sevillano, filso y aleve, según se susurra. La concurrencia las *floreas*.

» La *siempreviva*, que tiene buena memoria, lee una crónica de la guerra de las dos *rosas* y asegura jactanciosamente que ella no morirá en *flor*.

—Esa está guillada; es una *flor... ida*,—murmura un *tomillo* bostezando.

—¡Calle el tomito... tomo pequeño!—se oye por doquier.

—Pequeño,—replica el aludido,—pero con muchas *hojas*, ó cosa así. Yo entiendo. (Y sonrío maliciosamente).

» La *flor de la canela*, acompañada por un *romero*, se sale por peteneras.

» Las *flores místicas* cantan *Las flores de Mayo*.

» El *girasol* hace juegos malabares. La *rosa de te*, comienza un *te-deum*, pero es interrumpida y calla.

» La *flor... icultura*, que todo lo sabe, recita trozos de *La Pasionaria*, de *Las espinas de una flor* y de *Flor de un día*, cosechando suspiros de las *flores marchitas* y lágrimas de los *suspiros del valle*.

» La *espinas dorsal* y varias *espinas* de peces, leen sonetos dedicados á las *espinacas*.

» La *orquídea* entona un cántico modernista que embrolla los pensamientos de todos, y es siseada. Atúrdese y se hace un lío, hablando de las *hojas*, de los hijos, de los ojos y de los *ajos*.

» El *ojo de poeta*, autor de la letra del canto, sálese del tiesto, visiblemente *en-ojado* y pretende sacar la *hoja* de su espadín retando á *mil flores* y diciendo que son *flores de mal...va*, por sus malvadas intenciones, indignas de figurar en ningún ojal. Algunas *yerbas*, entre ellas la *doncella*, se asustan. La *flor de azahar* y la *flor de tila*, para calmarlas las dan *manzanilla*.

» La *yerba callera* pide que calle todo el mundo. Sosiégase por fin toda la *hojarasca*, gracias á ciertos *desplantes* de las *plantas de los pies* y á la intervención de las *flores cordiales* quienes hacen renacer la paz, hecho que figurará algún día en su *hoja de servicios*. Y se renueva la fiesta.

» La *hoja de lata* da la ídem, cantando á dúo con la *palma del martirio* el wals de Straus *Mirtos de oro*, multitud de veces. El *chupamiel* se relame de gusto. Es el único á quien aquello agrada.

» La *margarita* recita una oda que á sí misma se dedica llamándose estrella de los campos y lamentándose de que la Naturaleza no la haya dotado de perfume.

—¡Fuera! Eso no nos importa—chilla una enredadera mal educada, de pésimos modales.

» Enfádase, con sobrado motivo la interrumpida, murmurando:

—¡Grosera! ¡Qué modo de irse por las *ramas*! Enredadora había usted de ser...

—¡A mí no me ponga *usté* motes, so cursi! Me llamo *enredadera* y no enredadora.

—¿Y para esto—clama la infeliz *margarita*—he venido yo aquí? ¡Ay, si lo supiese Fausto! ¡Quién me mandaba venir á recoger laureles! Bien estaba allá en Loeches.

—Pues haberse quedado. Por supuesto, que á peor sitio *tié usté* que *dir* á parar. Porque siempre se ha dicho: *Margaritas á puercos*.

—¡Ordinaria! Es *usté* de mala *cepa*.

» La *enredadera* se lanza sobre su rival y le *planta* la *palma de la mano*.

» Sustos, gritos, confusión. Algunas *plantillas* huyen azoradas, seguidas por la *flor y nata*.

» La *flor natural* y las flores artificiales, abandonan también el jardín, acompañando á las *lilas* y á los *alelles*, que salen alelados.

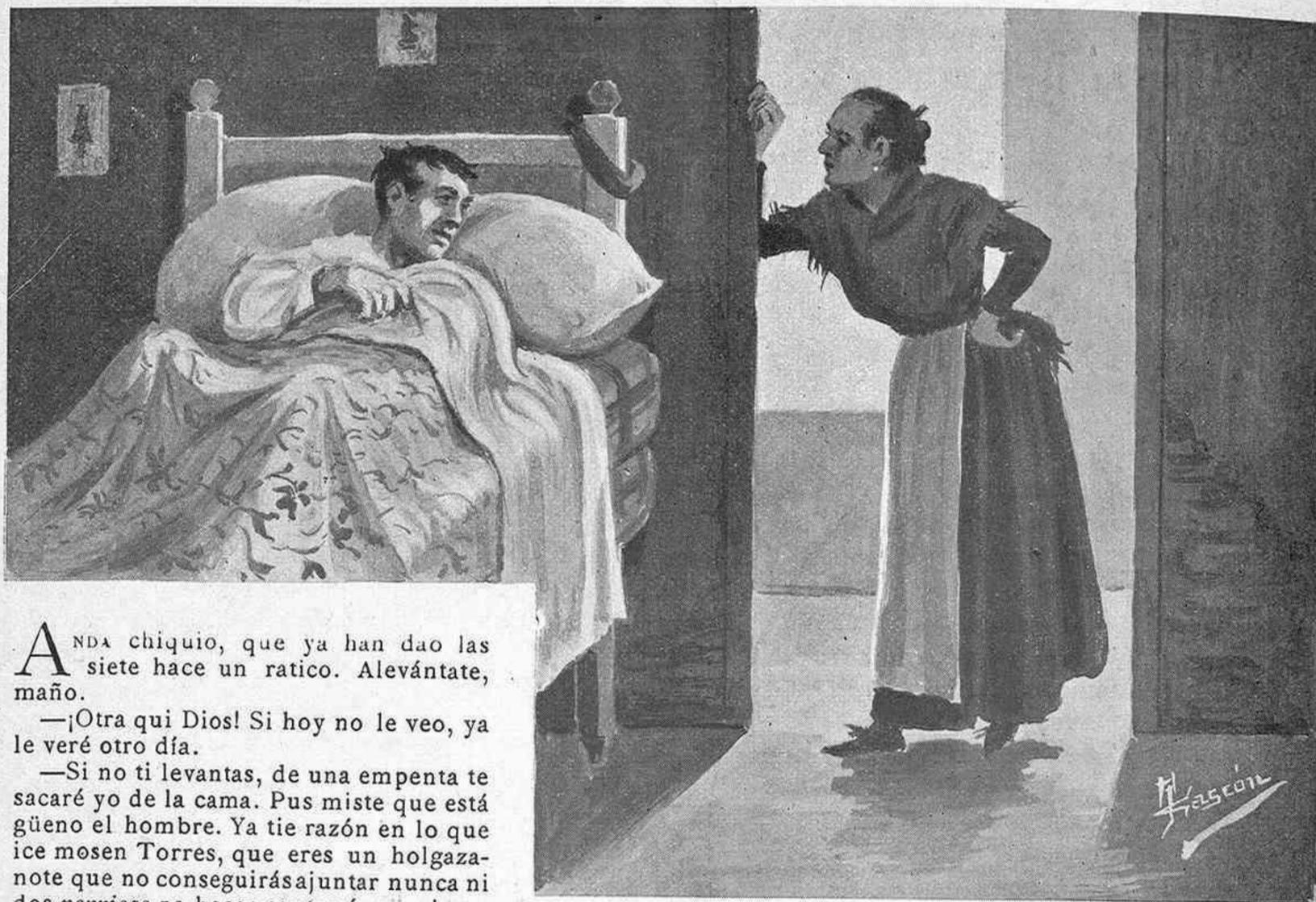
» La *col y flor* acepta un pétalo de un *lirio* de *Flor... encia* y se va con él de *verbena*, sin oír los gritos de *flor de agua* que reclama su auxilio por haber caído en un charco.

» Gracias á las ya nombradas *flores cordiales*, no terminó la reseñada fiesta de pésima manera. A aquéllas se debe el no haber habido desgracias que lamentar.»

Y ahora dejemos que los propietarios del jardín, lugar del suceso, se desmayen cuando quieran. Y debe ser hora. Y doblemos la *hoja*.

JULIO VICTOR TOMEY

AL QUE MADRUGA, DIOS LE AYUDA



A NDA chiquio, que ya han dao las siete hace un ratico. Alevántate, maño.

—¡Otra qui Dios! Si hoy no le veo, ya le veré otro día.

—Si no ti levantas, de una empenta te sacaré yo de la cama. Pus miste que está güeno el hombre. Ya tie razón en lo que ice mosen Torres, que eres un holgazanote que no conseguirásajuntar nunca ni dos *perricas* pa hacer cantar á un ciego.

—Lo que á mí me paece, es que á mosen Torres, con su coronica y tóo, de un tozolón, le boa quitar las ganas de metese ande no le llaman. ¿Lo entiendes tú, maña?

—Anda, esagraecío. Dimpues que mosen Torres á hablao en favor tuyo al señor Roque pa que ti dé faena, toavía le esacreítas. Pero ná; sin levantate. ¡En qué mala hora mi casé con tú!

—Pus mia que no sé yo quien perdió más, porque tú, chiquia, no ties mas que lo que se vé.

—Y ¿acaso lo que se vé, es tan malo, piazo e bruto? Pues bien que se tencandilaban los ojos al mirame.

—Es que yo no sabía lo que miraba, porque estaba malo de la vista.

—Pero tocabas, maño, tocabas. En fin, alevántate que ya es mu tarde y el crío hace ya ratico que está en la escuela.

—Chiquia, chiquia, si hay tiempo pa todico en este mundo.

—Qué ha de habelo. Mia tú lo que ice mosen Torres, que al que madruga, Dios le ayuda; y cómo ha de ayudate Dios, si te estás en la cama hasta las nueve?

Este diálogo, reproducción del que hacía muchas mañanas se repetía, estaba sostenido por Catalina y su marido Marcos Cabezón.

Era la Catalina una moza aragonesa hasta la médula de los huesos, como nacida en la provincia de Huesca.

Alta, bien formada, robusta, poseía lo grande, lo pequeño y lo mediano que debe tener un rostro femenino, ó sean los ojos, la boca y la nariz.

Ligeramente morena, el cabello peinado hacia arriba, agrandaba su frente, y la trenza de complicados ramales formaba la castaña en que recogía la hermosa mata de pelo que Dios le había dado.

Alto y abultado el seno, redonda y amplia la cadera, torneados discretamente el cuello y los brazos, pequeño el pie y recto y ligeramente nervudo el arranque de la pierna; la Catalina era moza de recio empuje y

por la cual se habían dado de tozoladas, y aún de navajazos, más de cuatro de aquellos tercos baturros que se habían propuesto hacerla suya.

Por fin, la moza, harta de escuchar rondallas y de ser causa de alguna cabeza rota, decidió tomar estado y le tomó con Marcos Cabezón, el más tozudo de sus adoradores y el que más estacazos había dado por ella.

Por más que la muchacha gustaba de oír los chicos que la dirigían los mozos, envidiosos de que Marcos poseyera aquel *piacico* de gloria, como la llamaban y que al que más y al que menos se le hacía la boca agua al mirar el contoneo de aquellas caderas y la mirada de aquellos ojazos por donde brotaba un fueguecico que les volvía locos, el matrimonio fué muy feliz por espacio de tres años en el pueblo donde se trasladaron. Durante este tiempo, había venido al mundo un Marquicos, con los ojos y la boca de su madre y las manos tan largas como las de su padre, según los zarpazos que daba al pecho de la Catalina cuando le daba de mamar.

A los cuatro años pusieron el crío en la escuela, y Marcos, que como hemos dicho sino tenía malas pulgas, tenía mal vino, un día que había bebido un jarro más de conveniente le dió una tozolada al hijo del dueño en cuya casa trabajaba, que á poco más lo desloma. El amo y padre ofendido lo despidió de su casa, y hete aquí al bruto de Cabezón corriendo de Seca en Meca buscando *aonde* ganase un piazo de pan.

Pero éste no llegaba y Marcos y su bravía consorte se iban comiendo los pocos ahorros que tenían.

Por entonces, llegó al pueblo para desempeñar el curato que estaba vacante, mosen Francisco Torres, un cura de 26 años, alto como un jastial, fuerte, nervudo, coloradote y con unos ojos á los que si faltaba aquella expresión de religiosa unción que inspira respeto, en cambio sobraba picardía cuando miraba á las mujeres y éstas eran apetitosas como Catalina.

Esta, particularmente, era la predilecta del cura.

Era de su mismo pueblo, la había conocido chiquilla, y al verla después moza garrida y curada de espantos, al cabo de cuatro ó cinco años de matrimonio, vaya si el bueno del cura gustaba de hablar con ella.

—¿Sabes, Catalina,—la decía mirándola más como anatómico que estudia los detalles del cuerpo humano que como cura de almas,—que te has hecho una real moza?

—¿También usted me ice eso, mosen Torres?—respondió la mujer de Marcos, separándose un poco el pañuelo del cuello y sonriendo al mirar al mosen que, con el bonete un poco inclinado sobre la oreja izquierda y la sotana remangada para poder llevar las manos en los bolsillos del pantalón, parecía más bien un guardia civil disfrazado, que el pastor del rebaño católico de aquel lugar.

—Pues ya lo creo; maña, como que te he conocido chiquitica y hoy te veo hecha todica una mujer.

—Y con un crío de cuatro años, mosen Torres.

—¿Eso más? Pues, maña, no habéis perdido el tiempo.

—Es lo que ice el Cabezón de mi marido, que hay que aprovecharle.

—Y tú lo has aprovechado muy bien, porque estás alta y gruesecica que es una bendición,—proseguía el cura fijándose en las acentuadas curvas de la paisana.

—No tanto, mosen, no tanto—contestaba Catalina contoneándose con cierta coquetería.

—Digo, pues si tienes unas caderas y unos brazos... vamos que... Pues no, que ese altarcico que tienes ahí delante... Vaya, vaya que has adelantao mucho, pero mucho. Y vamos, vamos á ver como estamos en materia de religión. Supongo que asistirás á la iglesia con frecuencia, que te confesarás muy á menudo á fin de estar en estado de gracia para recibir el cuerpo de Jesucristo.

—¡Ay! mosen. Si el bruto de mi marido ice que tóo eso es *música* celestial; que pa confesarme basta él, lo mismo que pa todico lo demás. Es mu melón el probetico, mosen Torres.

—Pero, maña, ¿y tú has podido vivir así? ¿Cómo es posible que vivas fuera de la gracia de Dios?

—Yo no intiendo de esas cosas, pero Marcos ice siempre que tengo mucha gracia y... náa más.

—Eso no puede continuar así, chiquia. Es menester que vengas á la iglesia; yo te confesaré y... en fin, te pondré en camino de que cumplas con tus deberes de buena cristiana.

—¡Otra! si no quíe Marcos que yo vaya á la iglesia, porque ice que de allí suelen salir mu malos pensamientos.

—Valiente bruto debe ser tu marido.

—Mucho, mosen Torres. Si ya lo he dicho antes. Y crea usted que yo bien quisiera también tener algo de eso... vamos, de la iglesia. Pero sí, sí, ya se pondría güeno mi Cabezón.

—Entonces, haremos otra cosa.

—¿Qué?

—Yo iré á tu casa á confesarte cuando tu marido esté en el campo. Después vienes á la iglesia y te daré la comunión.

—Pero si mi marido no me deja á sol ni sombra. Como ahora está sin trabajo, pues no hay quien le haga levantarse temprano. Al arrastrao le gusta tanto la cama...

—Ya lo creo. Pero tú...

—Yo... ¡qué he de hacer sino obedecete!

—No, no, eso no puede continuar así, Catalina; el hombre no debe ser holgazán y abandonado. Debe trabajar. ¿Qué es eso de estarse en la cama de esa manera? Tú debes hacerle presente que «Al que madruga, Dios le ayuda», y como que yo aprovecharé alguna de esas madrugadas, para confesarte y ponerte bien con

Dios, ya verás el cambio que se verifica en tu suerte.

Inútil es decir que á la joven le había sabido á gloria aquello que el cura le había dicho de que por su mediación obtendría la divina gracia tan luego como él la confesara.

Y es lo que ella decía, cuando estaba sola, por supuesto:

—Que me haga á mí mosen Torres eso y ya me reiré yo de más de cuatro de esas que están dándose golpecicos de pecho en la iglesia y que dimpués se los dan en la espalda sus maridos por descuidáas y chismosas.

Y desde aquel día arreció más en su afán de hacer que madrugara Marcos para irse á buscar trabajo.

Pero ya ya; el piazó de mostillo, como ella le llamaba, contestaba á sus empentas para echarle de la cama con un manotón y seguía durmiendo como un bendito.

—¿Cuándo te confieso, maña?—la decía mosen Torres á cada instante.

—Ya tengo ganas mosen,—contestaba la moza,—porque la penitencia que usted me echará sera muy suabecica. ¿No es verdá usted?

—Es que tendré que confesarte más de una vez.

—Toas las que usted quiera. Pus si la gracia é Dios ma de venir con las confesioncicas de usted, ya pue echar padre, que juerte soy yo pa resistilas.

Y sucedió que un día, pudo conseguir, por fin, que Marcos se levantara al rayar el alba para ir á la casa de un rico hacendado que buscaba gente para que le trabajase las tierras.

Y como á mosen Torres le interesaba tanto que sus feligresas estuvieran bien con Dios, por su mediación, por supuesto, Catalina pudo confesarse aquella mañana á completa satisfacción del cura y no menos de ella



que se encontró descargada del enorme peso de tantos pecados, según el cura la decía. Y como la confesión había sido larga y laboriosa por la

evocación de todo un pasado sin cumplimiento de los deberes religiosos, mosen estaba tomando una enorme jícara de chocolate con la tranquilidad y la satisfacción de la persona que ha cumplido perfectamente sus deberes, cuando cátae que aparece en la cocina de la casa el bueno de Marcos Cabezón que, no habiendo

encontrado el trabajo que fué á buscar, encontróse en su casa con quien sin duda había trabajado espiritualmente, por supuesto, algo más que él.

La cara que puso no hay para qué decirlo.

—¿Qué hacía mosen Torres aquí, maña?—preguntó después á su mujer.

—¿Qué había de hacer, chiquio? poneme en gracia de Dios.

—¡Ah! ¿sí, maña? pus ahora voy á ponete yo en gracia del diablo.

Y de un guantazo le puso á la pobre Catalina un carrillo como un tomate.

—Ya ta rreglaré yo, grandísima arrastrá,—la decía continuando sus contundentes caricias,—venme iciendo impués que «Al que madruga, Dios le ayuda».

—Pus sí es verdá, piazo é bruto, mal marío,—gri-

taba Catalina entre lagrimón, sollozo y tozolada,—ya lo creo que te ha ayudao Dios. Y sino preguntásele á mosen Torres.

—A lo que ma yudao ha sío... No quío icilo, desvergonzá.

Y el marido se echó á la calle y se fué á la taberna para ahogar su cólera en un jarro de vino.

—Desengáñate Marcos—le decía el tabernero que conocía su debilidad.—Es menester que no duermas tanto, mostrenco. El trabajo no viene á buscarlo á uno á su casa. Hay que madrugar pa encontrale. El refrán lo ice mu claro, «Al que madruga, Dios le ayuda».

—¡Recontra! no diga usted eso, tío Juan. «El que madruga... se encuentra en su casa un cura.» Esa, esa, es la verdá; y á mí que no me vengán con refranicos, que yo sé lo que me sé y basta.

R. DEL CASTILLO



PASATIEMPOS

TRIÁNGULO SILÁBICO

```

o o o   o o   o o   o o
o o     o o   o o o
o o     o o o
o o

```

Substituir los ceros por letras, de modo que leídas vertical y horizontalmente den por resultado: 1.^a línea, nombre de varón; 2.^a, parte del cuerpo humano; 3.^a, útil de enseñanza, y 4.^a, negación.

J. CAMPS.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

Charadas eléctricas. — 1.^a Lámina
2.^a Novia
3.^a Analista
4.^a Hilario

Jeroglífico comprimido.—Telares.

Criptografía. — Soplaba fuerte viento del Sur y la barca de Juan Mateo navegaba rápidamente en dirección al puerto. El sol acababa de ocultarse tras una nubecilla blanca que adquirió tintes rojizos, y la superficie del mar brilló con reflejos de escarlata.

(La Justicia del Mar; publicado en el núm. 40).

Escala geográfica.—

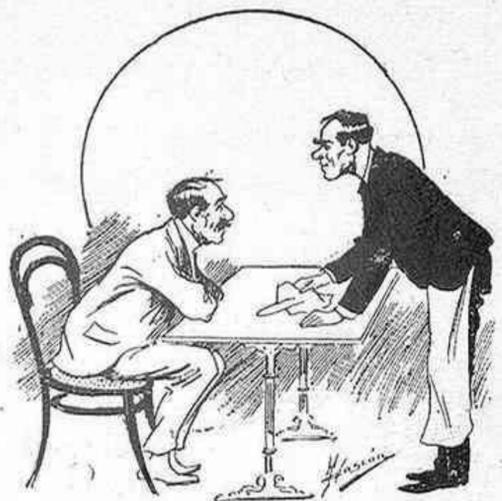
| | |
|---------|----------|
| DOLORES | Alicante |
| REDOVAN | íd. |
| MILLENA | íd. |
| FAMORCA | íd. |
| SOLLANA | Valencia |
| LASERNA | Madrid |
| SISAMON | Zaragoza |



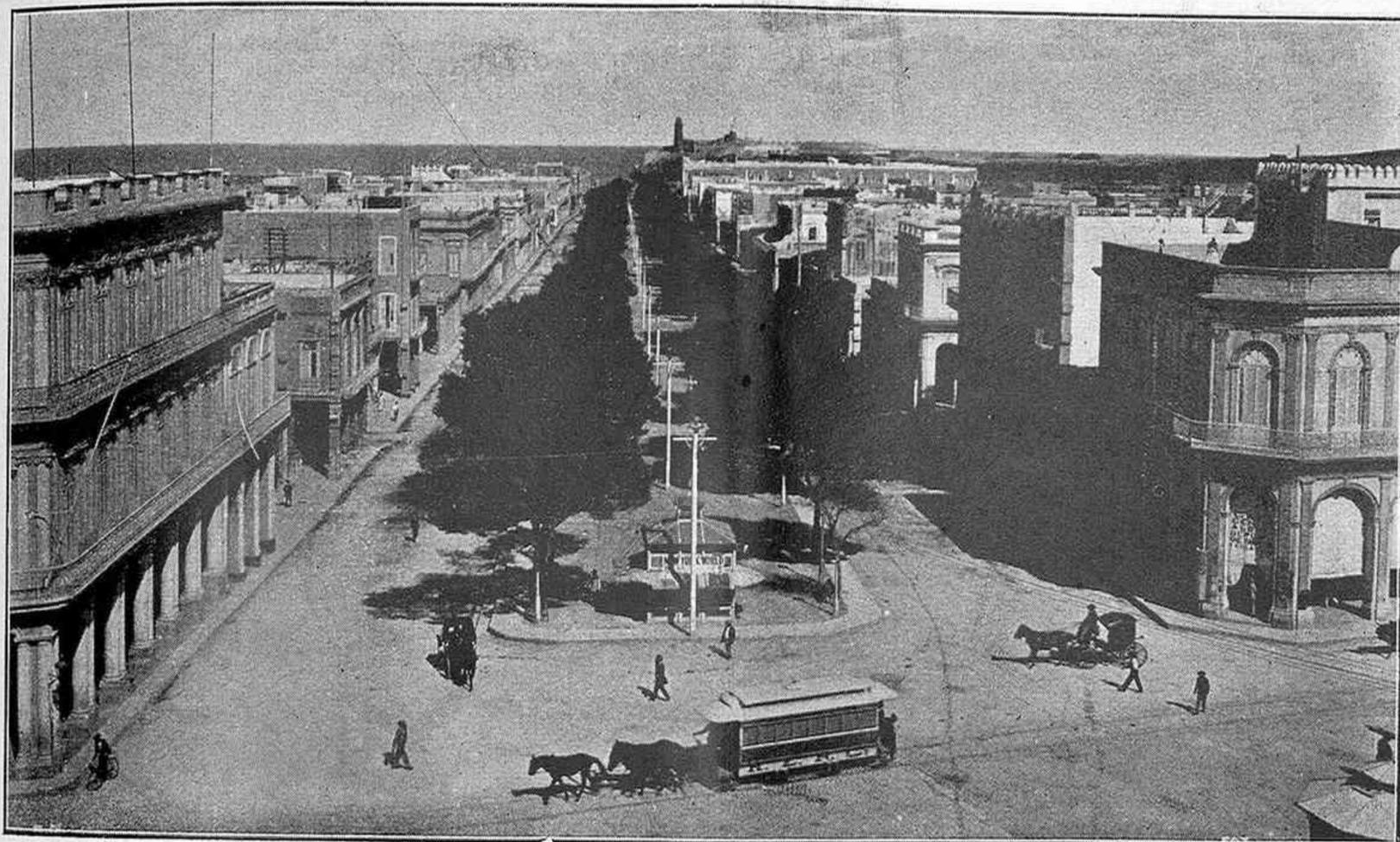
—¿Qué tal te va con tu matrimonio?
—Admirablemente. ¿Y á ti?
—¡Oh! mi marido es un ángel, no le veo nunca.



—¿Qué tal te prueba el servicio?
—Mu bien. Esta mañana hemos salido todos de paseo.
—¿Con la banda á la cabeza?
—No, señor, con gorra de cuartel.

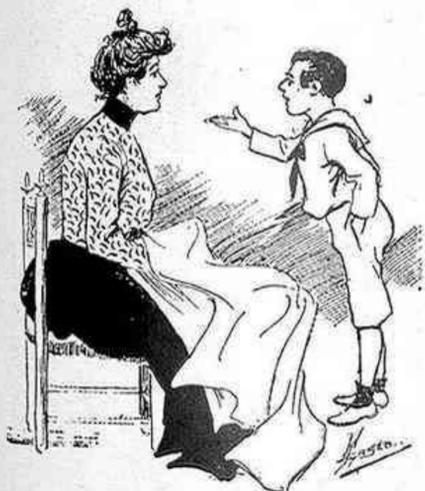


—¿Qué hay, Paco?
—Que me duelen los ojos.
—¿Tienes orzuelos?
—No, señor, se han concluido.



PASEO DEL PRADO (HABANA).

Fot. Ramón Corral.



—¿No has comprado á mi hermana un piano? Pues, cómprame á mí una bicicleta.
—¿Y para qué quieres tú la bicicleta?
—Para echar á correr cuando ella toque.



— Adelantas muy poco en la lectura; á tu edad yo leía correctamente.
—Tendría usted mejor maestro que yo.



—¿No ves como está de sucio este pantalón?
—Pues lo he cepillado esta mañana.
—No mientas, porque al ponerlo he encontrado estas dos pesetas en el bolsillo.

Fot.-Tip -Lit. del «Album Salón».



SERIE. I.^a

Cartel anunciador de la «Quinquina Dubonnet».

NÚM. 48